

Editorial

La revista *Apuntes de Investigación del CECYP* ha cumplido veinte años. Como se detalla en uno de los artículos centrales de este número, en el inicio de la experiencia que resultaba en este proyecto académico-cultural, nos organizábamos motivados por algunas preocupaciones generales que se asentaban en incomodidades, tanto frente a las miradas especulativas que subestimaban la investigación empírica y ostentaban su erudición como recurso legitimador, como del empirismo que ignoraba las mediaciones teóricas para encontrar la complejidad del mundo social en el caso particular, y que subestimaba la densidad teórica en el proceso de construcción de datos. En el marco de este diagnóstico, que en verdad era más una apreciación sensible que una reflexión sistemática, nos proponíamos, en primer lugar, participar de los debates del mundo académico internacional recuperando las experiencias de investigación empírica; en segundo lugar, queríamos hacerlo asentados en las tradiciones de la historia intelectual latinoamericana y, por último, teníamos la voluntad de esbozar, a través de nuestra práctica, una mirada que se implique en las disputas político-culturales preocupadas por la transformación radical de la sociedad desde el espacio específico de las ciencias sociales. Claro, algo de lo propuesto probablemente se ha conseguido, porque, por decirlo rápidamente, eran banderas amplias, que irremediablemente habilitan ese algo.

De todos modos, y más allá de las grandilocuencias fundacionales, lo importante es que la apuesta trascendente nos permitía funcionar como grupo y hacer del debate interno una práctica cotidiana. Y como resultado de esa práctica, lo que seguramente se ha hecho en estos veinte años, es afianzar y poner en circulación algunos estilos de trabajo en los que es relevante el oficio de investigar y la apropiación de diversos modos de construcción de datos guiados por miradas que son el resultado del debate con tradiciones teóricas e intelectuales. Estilos que implícitamente pretendían responder a miradas pobladas de lo que Ulrich Beck (Beck y Beck 2003) llama categorías zombis, habilitadas sin lugar a dudas por una confusa derrota político cultural que no se reconocía como tal, en la que las experiencias político-culturales vitales de los años sesenta y setenta, o bien se fetichizaban o directamente se negaban.

La situación de relativo mejoramiento de los espacios académicos en la sociedad argentina en las últimas tres décadas y media puede pensarse de algún modo –aún con los desacomodamientos del 2001– como resultado de una continuidad en la estabilidad democrática. Algo significativo para el mundo académico es que en todo este tiempo no hubo intervención de la universidad como era corriente en el medio siglo anterior a 1983. Y por supuesto, el aumento del presupuesto a la actividad científica implementado por los dos gobiernos anteriores al presente, reforzó este proceso general y resultó en un auspicioso crecimiento de grupos de investigación en ciencias sociales. Creación de nuevas universidades, cientos de trabajos realizados por investigadores de nuevas generaciones; integrados en grupos, en redes de especialización, promotores y fundadores de revistas académicas, de seminarios específicos y de nuevas áreas de estudio, produjeron un valioso capital de conocimiento hasta el momento inexistente en las universidades de nuestro país. Esta situación generó una fundada ilusión de estabilidad y entonces la posibilidad de imaginar trayectorias que se integrarían a una academia normal sin la existencia de la tensión dramática con la política que irremediamente convierte al académico de ciencias sociales imbuido de alguna curiosidad, en un intelectual más cercano al mundo de la cultura que al del profesionalismo académico. Las preguntas dramáticas, siempre latentes en una institucionalidad que de tanto en tanto se asomaba a un abismo anómico, no parecían encontrar en ese nuevo contexto un ambiente favorable para ser formuladas.

Por el contrario, el imaginarnos en terrenos más firmes hizo que se construyesen mil y una preguntas sobre dimensiones quizás consideradas secundarias en momentos de gravedad social. Y sin lugar a dudas, es debido a eso que hoy, por lo menos potencialmente, conocemos mucho más de las relaciones sociales y de las instituciones de la sociedad en la que habitamos.

Claro que este saludable crecimiento, las nuevas formas objetivas que surgieron en el mundo académico, hicieron que cada uno de nosotros se fuera implicando en distintos espacios institucionales, en este medio y en campos académicos de otros países, con responsabilidades diferentes en cada caso, y en el ámbito local también en algunas experiencias que precisaban la inversión de energía fundacional. Esto sumado a que los requerimientos de productividad del sistema académico en los cuadros más jóvenes, generaba un nivel de implicación que no hacía fácil desatender la extrema especificidad de lo que se está trabajando y encontrar espacios y tiempos para producir no sólo el cruce interdisciplinario sobre el tema específico, sino el corrimiento de esos temas para mirarlos con la propia lente que pretendíamos política y culturalmente problematizadora. Distintos situaciones que son, en fin, resultado de una intensa y extendida actividad académica, y que influían en el espacio de *Apuntes*.

Es así que como revista en ese contexto, seguimos funcionando eficientemente recostados en el intenso y, a medida que decrecía la actividad del conjunto, cada vez más esforzado trabajo de nuestra secretaría editorial.

Pero en este estilo de hacer surge, quizás apenas la intuición, aunque relativamente fundada, de que tenemos la posibilidad de perder un elemento imprescindible para una tarea que no pretende ser burocrático académica, y que es la vitalidad grupal. Una experiencia de estas características fundada en preocupaciones político culturales tiene sentido cuando su contenido resulta de un debate que de hecho trasciende el eficientismo profesionalista.

Durante aproximadamente los últimos ciento veinte años de existencia de un campo cultural moderno en Argentina, se ha repetido innumerables veces, en otras tantas empresas culturales con vocación política, aquello de la vuelta del Martín Fierro sobre no templar el instrumento “por sólo el gusto de hablar”. La cuestión es muy simple. No queremos que esto ocurra y ante la posibilidad de que esa pérdida de vitalidad grupal a la que contribuimos por entendibles motivos nos lleve hacia ese destino, preferimos dar por cumplida la que fue una fértil experiencia que consideramos tanto académica como político cultural: la de la revista *Apuntes de Investigación del CECYP*.

Es verdad que justo en estos momentos se producen transformaciones sociales e institucionales significativas en nuestras sociedades y que las ciencias sociales tienen la responsabilidad pública de generar conocimiento en relación a ellas. Y es verdad también que grandes desacomodamientos culturales como los que se derivan del desmoronamiento de la ilusión republicana conmocionan también al propio espacio académico. El convencimiento de que una estabilidad con una relativa apuesta inclusiva (que dejaba a un porcentaje importante de la población fuera del trabajo formal) era ya una conquista de la democracia, y que se corroboraría, cuando una asociación política que estaría expresando una derecha moderna, pudiese llegar legítimamente al gobierno mediante elecciones libres, podía no ser un pensamiento fuerte, pero sí una sensibilidad extendida en el mundo académico. La situación que sobrevino en los últimos tres años, generadora de un agudo deterioro de la institucionalidad republicana y de derechos conquistados, y en lo específico, la desfinanciación del sistema científico y universitario, es conocida por todos. Entonces la idea de una normalidad académica que trascendiera gobiernos –desde ya, una expectativa modesta–, se estrellaba contra la desidia de las políticas del presente. Sin lugar a dudas, los espacios de investigación, de producción de conocimiento en ciencias sociales, más o menos sensibilizados por la vida pública, incorporaron la situación descrita como un problema grave. Y, por supuesto, también nosotros, que en nuestro caso, para afrontar situaciones críticas como las del presente, continuaremos haciendo lo que sabemos hacer, y encontraremos las maneras de expresarlo mediante formas que se vayan conformando en la práctica y demuestren allí su productividad. En principio seguiremos con nuestro trabajo como CECYP en el marco del Instituto de Investigaciones Gino Germani, tanto con las investigaciones específicas, como con propuestas de debates y seminarios que nos relacionan con otros sectores del mundo universitario y con distintos agentes y grupos de la sociedad.

Como se dice corrientemente, “no se trata de una renuncia a la lucha”, sino de encontrar recursos que sean más productivos para seguir entablándola. Nos queda claro que lo hecho en *Apuntes* se incorpora como un capital que irremediamente está en cada una de nuestras mochilas, y que de algún modo, con esta experiencia, hemos participado, aunque sea mínimamente, de un proceso complejo que resultó en un crecimiento efectivo de las ciencias sociales en Argentina y que también, por diversos motivos, se manifestó en toda América Latina. Un crecimiento heterogéneo y quizás disperso que es un humus de conocimiento al que la construcción de voluntad política rebelde puede posibilitarle un salto cualitativo. En momentos críticos como el del presente ese corpus heterogéneo de conocimiento es un potencial recurso para otorgarle sentido a un presente cuyo orden predominante parece continuar su marcha por un sendero de servidumbre que no preanuncia ningún destino de alboradas auspiciosas para la humanidad, sino un escenario presidido por el frío y la oscuridad de la noche polar. Es un capital imprescindible para contribuir al diálogo y al debate en el marco de los procesos políticos sociales y culturales que necesariamente se aboquen a la transformación de nuestras sociedades organizadas en sistemas productores de inhumanidad.

Uno de los referentes más importantes de la sociología en América Latina que, junto a los que trabajaron sobre la llamada teoría de la dependencia, realizó uno de los dos aportes más significativos de la sociología de la región a la comunidad académica internacional, Orlando Fals Borda, abordó sin ambigüedades esta cuestión fundamental. En la conferencia pronunciada cuando se le otorgó el doctorado honoris causa en la Universidad Lasalle, en 2007, el hombre que junto a Camilo Torres había fundado la Carrera de Sociología en la Universidad de Colombia en 1959, con una cantidad importante de años del calendario a cuestas y quizás con muchos más por haberlos vivido con intensidad en la conflictiva república sudamericana, se permitía propuestas fuertes sobre el deber ser de la sociología. Aunque seguramente no ignorase que el predominio cultural del presente podía transformar su gesto en extemporáneo. Allí reconoció y valoró muy especialmente el capital construido por las nuevas generaciones y además sugirió con énfasis no desaprovechar “este buen momento de acumulación científica y tecnológica en bien de la colectividad.” Y sostuvo, sin temor a ser absorbido por los aires trivializadores: “Denles el alma y sóplenes el hálito de vida que de por sí no tienen.” Claro, la posibilidad de existencia de ese halito de vida no es un problema teórico, ni tampoco aunque la sea, en principio un problema ético. Es un problema político, en la medida en que esa energía que se reclama no es producto de algunas voluntades individuales, sino de colectivos. Y diría, de colectivos efervescentes. Por supuesto que hay un potencial de una poderosa fuerza política y cultural en la capacidad desnaturalizadora de las ciencias sociales, también es cierto que ella solo se actualiza si la enciende una efervescencia colectiva. Y es quizás a esa efervescencia colectiva inexistente, pero por la que es posible apostar, a la que apela el viejo sociólogo. En un digno gesto romántico, ya casi al final de sus días, solo y en tierra

arrasada (en el sentido político más denso), se propone levantar la bandera de los vencidos al sostener la relación entre la producción de conocimiento y la emancipación humana afirmando que “sólo subvirtiendo éticamente a la sociedad desequilibrada y a la ciencia explotadora o neutra que la sustenta, podremos justificar nuestra existencia” (Fals Borda 2014).

No hay que hacer mucho esfuerzo reflexivo para evaluar que no existen las mejores condiciones para que se recepcione productivamente esta propuesta. El gesto del Premio Nobel de medicina de 1984, César Milstein, quien no registró ninguna patente por su descubrimiento aduciendo que era patrimonio intelectual de la humanidad, fue disonante para este clima de época marcado por la sacralización del individuo, aun cuando no había alcanzado la fuerza extraordinaria que adquiriría luego de 1989. Los murmullos incómodos del nuevo mundo científico atado a una ética del carrerismo individualista se extendieron por diversos lugares del planeta, definiendo, en el mejor de los casos, como extravagancia libertaria, al hecho de que un científico se permitiera renunciar a los extraordinarios beneficios económicos que le hubieran reportado esas patentes, en función de una “causa tan abstracta como la de la humanidad”. Así son las fuerzas de las culturas de época y no se deben subestimar. Expresan al fin, una verdad de la teoría social, que fue dicha de manera amable por nuestro amigo Carlo Ginzburg cuando sostuvo que “como la lengua, la cultura ofrece al individuo un horizonte de posibilidades latentes, una jaula flexible e invisible para ejercer dentro de ella la propia libertad condicionada” (Ginzburg 1997).

Así y todo, es verdad que esas tradiciones derrotadas que reivindicaban la lucha por la emancipación humana, pueden ver en ocasiones reflotar débilmente algunos elementos de aquel magma poderoso que resultó de la sincronización de procesos colectivos diversos, de producciones culturales que surgieron de ellos y a la vez los alentaron. Reaparecen, claro, bajo la forma de integración a un corpus distinto, a una experiencia con sentidos diferentes, pero en la que hay aires de familia, como es la de las variantes de las culturas progresistas del presente integradas a las visiones del mundo predominantes. Y allí es probable que estas palabras de Fals Borda, sin fuerza performativa, como retórica agradable, más o menos cercana, logren relativo reconocimiento y aceptación. En tanto fetiche portador de alguna distinción. Ocurre lo mismo que con la obra de arte que tuvo fuerza desacomodadora en su época y hasta era temida porque alteraba jerarquías en su campo específico –lo que de algún modo habilitaba a cuestionar otras jerarquías– y hoy cuelga tranquila de la pared de un museo, más que implicada en alguna forma de relación vital con el presente, en tanto pieza que remite a un capítulo de la historia del arte.

Porque es evidente, que esta frase de Fals Borda sobre el “deber ser” de la sociología, es una propuesta que, si se atiende a su sentido más profundo y no a la posibilidad de empatía con lo retórico, suena efectivamente extemporánea. Es la propuesta de los perdedores. Aunque la cultura de los ganadores disimule su triunfo y no pueda presentar sus fines como una ban-

dera trascendente diciendo crudamente, por ejemplo, “Milstein está fuera de época”, las formas organizacionales que relacionan el sistema científico, los organismos estatales y la economía privada portan esos sentidos, y resultan constreñidoras de las disidencias.

No obstante, en nuestro caso, con la cercanía siempre vital de la universidad pública, el intento por encontrar las más diversas maneras que contribuyan a restituir la productividad de las propuestas de un deber ser de las ciencias sociales como las que reivindican esas tradiciones preocupadas por la emancipación humana, ha conformado un espíritu alentador que permitió darle sentido a esta experiencia, y seguramente está presente con más intensidad en cada uno de los que han sido los mejores momentos de nuestra revista. Y es ese mismo espíritu también, el que nos habilita tanto a no eludir la compleja tarea de reconocer cuándo se ha cumplido una etapa, como a esforzarnos por desplegar la imaginación que nos permita encontrar nuevas formas para continuar en el camino.

Lucas Rubinich

Bibliografía

- Beck, Ulrich y Beck Gernsheim, Elisabeth. 2003. *La individualización: el individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Fals Borda, Orlando. 2014. “La hora de la antielite”, en *Ciencia, compromiso y cambio social*. Montevideo: Colectivo Lanza y letras, Extensión libros.
- Ginzburg, Carlo. 1997. *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del Siglo XVI*. México: Muchnik editores.